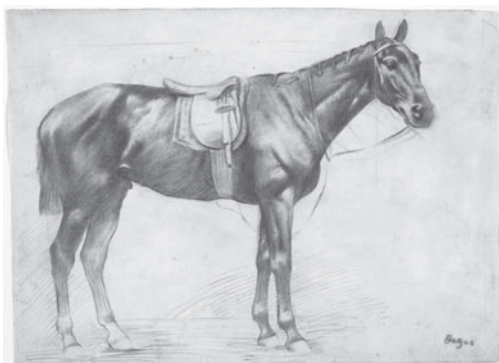


NARRATIVA DE CORDELIA
229

La Escalera de Agua



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia.es



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Abraham García, 2026

Ilustración de sobrecubierta: © Otto, 2026

Ilustración de cubierta: *El desfile* (1866-1868), de Edgar Degas

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 979-13-87599-54-6

Depósito legal: M-21540-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impresión y encuadernación: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La Escalera de Agua

Abraham García





Índice

Nueve, rojo, impar y falta	9
Monedas aladas	13
Llamaradas	21
... Espérame en el cielo	27
El sordo	37
El fabricante de arcoíris	43
Alerce	47
Me he quedado con tu cara	59
Una sortija de plata	65
Soledad	81
Hombre que sueña	91
Nombre propio	97
Oídos sordos	103
Amadeo	109

Postre de la casa	125
El monóculo de Johnnie Walker	131
El truco de Guillermo Tell	141
Suave	147
Fuego	157
Jirones	167
Dos vueltas al ruedo	185
Policía secreta	195
A sus pies	203
Cumpleaños feliz	207
La mascarilla	211
El cielo prometido	217
La escalera de agua	231
Doce lágrimas	243
Dos hostias	245



La mitad de lo que uno vive solo pasa dentro de la cabeza. Y de la otra mitad, la mitad pasa en la lengua, en la habladera de mierda.

JUAN CÁRDENAS

Dónde van a terminar algunas vidas, no se sabe. Y quien después pretenda contarlas, hará como algunas de esas velas caprichosas, que en vez de iluminar el rostro lo llenan de sombras.

EUGENIO BARONCELLI

Nueve, rojo, impar y falta

Sálvora, preñada de mar, que, avergonzada,
se tapa la cara con una mano de niebla.

ÁLVARO CUNQUEIRO

SEÑORES, ¡NO VA MÁS! La ansiedad de O Rato aumentaba con la frenada de la bola, que, borracha de dar vueltas y como absorbida por el remolino de números, se dejaba caer con desgana en el 22.

«¡Junto al 9, *carallo!*».

«Ludópata. Ludo-pata. Quien inventara esa mierda de palabra seguro que se lo fundía a los caballos, y a mí —sonrió— las únicas patas que me interesan son los percebes... bueno, y las de esta jaca».

La potranca alazana se dobló sobre el prado de números elevando la grupa para dejar caer sus coquetas fichas sobre el 26 y el 1.

«Su edad y... un palito», malició O Rato mirando el falo, faro, fuente, surtidor de vértigo que presidía el cilin-

dro con treinta y siete abismos, mientras solicitaba cambio y color.

Hoy también lo tenía negro; enganchado, incapaz de aceptar que el juego lo quemaba mientras incineraba en él hasta sus últimos billetes. Azules, como ese puto mar.

Jugó otra vez al 9 y en los destellos de la bola rememoró sus noches de farero con el mar derramándose a sus pies, tan próximo y lejano «como esos *pringaos* — miró hacia la pecera de la caja—, siempre contando dinero y más *pelaos* que yo».

Desde que dejó la torre de luz vivía para el riesgo y la noche, el juego, el alcohol, los puticlubs, el furtiveo... La bola fatídica se acostó en el 31. «¡Putá! Otra vez por un pelo».

Raudo, el crupier colocó la *dolly* sobre una torre de fichas en las que O Rato vio un faro, un glande, un percebe.

Apretó el puño en el bolsillo con más agujeros que una nasa, maldijo el número: «Cabrón, a ver si crías telarañas», y se echó a la calle.

En La Toja llovía. «¡Mejor!, así los picoletos, que controlan más que un jefe de mesa, estarán en el *jeep* dándole al güisqui y al naipe». En la barca llovía. Llovía en Sálvora.

Se ajustó la linterna con desafiante orgullo, como coronándose, mientras bolas de salitre le estallaban en la cara.

De pelo grisáceo, morro prominente que por sí solo justificaba su apodo, Ratón, y un físico falsamente endeble, escurridizo y casi invertebrado, para pegarse a las rocas y a las hembras como la lamprea al pez. O Rato. Un respeto.

«*O rei dos percebeiros*», descreía de esa superstición antigua que habla de una ola asesina, la novena ola. «¡*Caralladas!* Peligroso es el 9, ¿estará aún virgen?... y además, qué cojones, como para andar contándolas».

«Hoy sin mariconadas, nada de piñas como deditos de *nenos*. Para O Rato, *cachopudos* como la *dolly*, como el faro, gordos y solos. También en el agua se vive y se muere solo ¡*carallo!*».

Dejó los remos y, rasqueta en mano, trepó a las rocas. El mar sacudía contra el acantilado sus espejos rotos.

«Preparaos, que llega la manicura», y como un ratón saltó sin pensárselo. Golpeó la ola con la fuerza de las ocho anteriores, giró la bola, y, desbocada, arrancando esquiras del cilindro, fue estrellándose contra los farallones que llaman suertes hasta que, harta de golpearse, desfallecida, despeñada, vencida, se hundió lentamente.

«Nueve, rojo, impar y falta», cantó el crupier con indiferencia.

Monedas aladas

Para hacer una pradera es necesario un trébol y una abeja,
Un trébol y una abeja.
Y un ensueño.
Bastará solo con el ensueño,
si abejas hay pocas.

EMILY DICKINSON

BUENA IDEA TUVO la madrina con lo de regalarle a Benito una hucha de cerdito comprada al alfarero, puro barro cocido sin pintar ni esmaltar. Cualquiera iba a aguantar ahora al niño pidiendo monedas, sobre todo después de que la madrina le explicase que era como los cerdos de verdad.

—Igual que alimentamos al gocho para sacarle luego tocino, chorizo y morcillas, si tú das de comer a este moneditas por la ranura, el día de mañana podrá regalarte lo que quieras.

—¿La bici?

—Si ahorras mucho, la bici. Y para que no tenga el estómago vacío, toma este duro —dobló el billete y lo metió en la alcancía— que tu madrina te regala.

Y Benito, que no alcanzaba a imaginar la magnitud de dos pesetas, se sintió mareado al saber que dentro de

aquel animal de mentira había cinco, y lo agarró y lo hundió en su regazo y entrecerró los ojos; ya oía el chirrido de la cadena y el aviso impertinente del timbre.

—Buena la has hecho, hermana —reprochó la madre de Benito—. Con lo maniático que es mi cabezón, ya no va a estar en otra cosa.

—Anda, anda, mujer, no exageres. Nunca es malo que los niños aprendan a ahorrar y a quitarse de caprichos para conseguir algo.

—¿Caprichos? —la madre levantó la vista que se estaba dejando en limpiar las lentes—. Ya me dirás tú qué caprichos tenemos los pobres en medio de este secarral.

Pronto quedó claro que la madre conocía a su hijo mucho mejor que la madrina. ¿Acaso no lo había criado ella?, y fue preciso explicarle a Benito que no podía llevarse la hucha al barracón que hacía de escuela, ni a la era cuando iban todos a dar patadas a un balón de telas enrolladas, ni a la besana si le encargaban llevar la petaca olvidada a su padre. Con esfuerzo, amenazas y mimos, consiguió la madre que el cerdito quedara aposentado en la repisa del cocedero, entre los tarros lañados que guardaban la sal, el pimentón y el azúcar. Desde luego, más seguro que allí no podía estar en ningún lado; bien sabía Benito lo que su madre reservaba para cualquiera que pretendiera echar mano del azucarero; ya llevaba él buena ración de coscorrónes solo por rondarlo.

Quiso la fortuna que el chaval se encontrara una perra chica a la vuelta del colegio, pocos días después de convertirse en ahorrador. Y fue fortuna, y de la buena, porque raro era que en aquella aldea pobretona se le cayera a alguien un céntimo de la faltriquera, y más raro aún que no se quebrara la espalda y el alma buscando la huidiza pieza de níquel hasta encontrarla o maldecir a toda la creación. A partir de aquel momento, Benito siempre caminaba mirando al suelo, convencido de la repetición del milagro y abstraído de todo lo que no fuera un brillo sospechoso entre los cantos del empedrado.

—Al menos —se consolaba la madre— no se tropezará y se rasgará los pantalones.

Era año de descorches, y la cuadrilla de extremeños campaba por la dehesa tirando de hacha, acarreando las placas en los pollinos y machacando en el lebrillo el gazpacho de ajo, pan y huevo frito con el que se quitaban el mareo a mediodía. Todos los niños zascandileaban entre ellos en cuanto quedaban libres del maestro, porque nunca faltaba un mandado por parte de los errabundos, ya fuera volver con la bota de vino llena, un cuarterón de picadura o un cacho de tocino para engañar a las patatas. Los recaderos, por supuesto, se quedaban con la calderilla y, si a nadie se le ofrecía nada, siempre podían recoger los recortes que caían de cada carga y aceptar las perras que el corchero quisiera darles. Hasta algún bille-

tito podían regalar si el trasiego de corcho era bueno. Y Benito, carrera tras carrera, alimentaba al cerdito de barro, y con él sus ansias de pedalear y darle en los morros al Tosigo, el hijo del guarda forestal, que a veces se chuleaba subido a la de su padre.

Al chaval no lo vio la turrонера durante la verbena de la fiesta, ni el buhonero que les vendía las peonzas sin desbistar o las canicas melladas. La hucha sonaba ya como una maraca bien cebada y la madre la miraba entre la admiración por el tesón de su hijo y la envidia que le producía lo ahorrado. Y qué puñetas iba a ahorrar ella; bastante que era capaz de tenerlos a todos comidos, limpios y vestidos.

—Y tú, Joaquín, ya podías aprender de tu hermano. Que, por no guardar, no guardas ni las distancias con la Eufemia, que te piensas que yo me chupo el dedo.

Joaquín era el hermano mayor de Benito y, por supuesto, su pesadilla; una pesadilla que tan pronto lo empujaba a la poza vestido o le largaba una colleja sin venir a cuento, como se pegaba con cuatro de su tamaño para defenderlo de un insulto o compartía con él la última lasca de queso.

La diferencia de años resultaba abrumadora; el bueno de Benitín había llegado a contrapelo y con más retraso que La Jareña.

Joaquín había dejado el colegio sin más bagaje que las cuatro reglas cogidas por los pelos y las letras sufi-

cientes para leer *El Alcázar* a tirones y anotar los haces de centeno. Ya apuntaba barba y se sentía imbuido de la autoridad secreta que le concediera su padre la tarde en que le pasó la bota de tinto y un pitillo.

—Toma, que ya tienes edad, pero no le digas nada a tu madre, que todavía se cree que no te has destetado.

Y lo de Eufemia... pues era cierto. La hija de Damián, el guarda, hermana, por tanto, del imbécil del Tosigo, se había puesto en un solo invierno poderosa y galana; ambos se habían gustado, se habían hecho los encontrados en la fuente y habían dado sus paseos por el camino de Espinoso, un poco apartados de la escasa docena de patizambos que eran toda la juventud del pueblo y que les amenizaban el encuentro con chascarrillos y marchas nupciales mal tarareadas.

LLEGÓ LA CAMIONETA DEL CINE, como todos los veranos, a montar su tenderete de historias fingidas en la plaza, proyectadas contra el muro de la iglesia, desde el treinta y nueve horadado de cicatrices. Después de visto el primer rollo, el peliculero pasaría la caja en que todos los presentes debían depositar su peseta, so pena de no concluir la sesión si alguno intentaba ahorrarse el pago.

Así que Joaquín necesitaba dos pesetas; una para él y otra para Eufemia, a la que había invitado en un arran-

que no sabía muy bien si de pasión o de chulería. A él, la película le importaba un bledo; ya se la contaría el Hilario cuando sacaran los rebaños, con ese arte que se gastaba para la narración y con el que mejoraba cualquier historia. Lo que le apetecía era exhibirse con Eufemia, para que supieran los vecinos el pedazo de hombre que ya era y que aquello iba en serio y para siempre.

Pero en el bolsillo del pantalón solo guardaba un cacho de pan del que había almorzado.

Y Benito no se iba a dar cuenta, con todas las monedas que había reunido ya, de tan mísera merma. Bastaba con poner la hucha boca abajo y hurgar con un cuchillo para que las perras encontraran el camino de salida. Llegó casi a alcanzar el billete, que asomaba su punta como una lengua burlona, y como una lengua burlona se escondía cuando los dedos intentaban pinzarlo.

—Lo que pasa es que esta ranura es muy estrecha.

El filo del cuchillo mordió el barro y ensanchó un poco la abertura, apenas lo suficiente para que salieran a regañadientes las pesetas pretendidas, y aquella noche Joaquín y Eufemia se ennoviaron, sin que Benito tuviera la más mínima idea de que había pagado la ceremonia.

Y como quiera que los novios siempre apetecían de golosinas, de broches para el pelo y de refrescos de naranja, la ranura del guarro fue ensanchándose hasta el punto de llamar la atención de Benito.

—Me da a mí que este cerdo tiene cada día la boca más grande.

—Eso —le explicaba su hermano— es porque le das poco de comer y tiene hambre.

CUANDO EL ARRIERO abrió su furgoneta y colocó las borriquetas y las tablas que serían su mostrador durante unas pocas horas, los niños se quedaron maravillados por la visión de una de las navajas que traía, de hoja sevillana con brillos de damasco, cachas nacaradas en gris y cierre de palanquilla. No era como las que apañaba el tío Casimiro, herrero de Robledillo, aprovechando el metal de hoces melladas o de herraduras perdidas, hojas bastas y sin luz, con cachas de fresno, aunque eficaces como pocas. A esta se la veía respirar; era un puro destello y podía sentirse cómo su filo haría sangrar al aire.

Era guapísima.

—Mi padre tiene una igual —faroleó el fantasma del Tosigo— y con ella en la mano se atreve hasta con el lobo.

Benito ni siquiera lo pensó.

—Pues esa va a ser mía.

Ya no había bicicletas en el mundo, tan solo esa hoja con la que se veía ya cortando los espárragos, tallando tirachinas y silbatos de caña, fabricando orzuelos de cho-

po para atrapar perdices, o esgrimiéndola con orgullo ante el resto de los chavales.

No se dio cuenta de que, por primera vez, alcanzaba la repisa sin necesidad de auparse a un taburete. Con alegría, arrojó la hucha al suelo.

Su madre, desde el patio en que tendía la colada, escuchó el chasquido de la loza al romperse, el grito de Benito y, a continuación, sus sollozos. Echó a correr pensando en cualquier accidente, «¿a que se ha volcado el puchero encima este zalagardero?». Pero ni sangre ni quemaduras encontró; tan solo al niño de rodillas, llorando.

—¿Qué te ha pasado, hijo mío?

—Mis monedas —alcanzó a decir entre hipidos— se han comido los billetes que tenía y luego se han ido volando.

Y la madre de Benito alcanzó a ver las mariposas que revoloteaban por el cocedero y en el suelo de pimentonada tierra, entre esquirlas de barro cocido, las hilachas de los billetes de los que se habían alimentado cuando eran gusanos.

Llamaradas

Lo que perdimos en el fuego lo
recuperamos en las cenizas.

ALBERT ESPINOSA

MAL BICHO EL LOIRO, gallego del demonio, desastre de hombre.

Y el Loiro va cargando hasta los topes la caja de su destartalado camión con heno y pacas de paja que reparte de predio en predio. Mal trabajo, pero tampoco aspira a más que malvivir.

Él solo se va a beber todo el Bierzo si antes no se apiada Dios. Pero tranquilos los que riegan, que este, el agua, ni la toca; solo para limpiar el Avia descuajaringado que cuida como si fuera un hijo malcriado. Un hijo de puta, visto su padre. No es mediodía y ya va haciendo eses con ese camionucho de mierda, que no me digan que los civiles no lo saben, un puto peligro, pero, como es paisano del sargento... esta tarde, tirado en cualquier arcén, volverá a dormir la mona y mañana será otro día.

Tiene sed, que el chupito de orujo que ha añadido al café no le basta, cojones. Aquí hace falta un buen vaso de mención, si sabrá él lo que es bueno y lo que es malo, pero ya se lo ha avisado el Carapalo: ándate con ojo que si te pillamos no vamos a hacer la vista gorda.

Un poco de paciencia, que en cuanto descargue donde Damián y cobre se va a dar un homenaje: botillo a tutiplén y un par de botellas del berciano. Y es que no estuvo mal lo de dejar de ir al bingo. Hijos de puta. Que si la ley dice, que si la ley dice... ¿por qué no prohíben el Botafumeiro? ¿Quién es el gilipollas que se juega veinte cartones sin encenderse un pitillo? Que se jodan. Ahora hasta encuentra un billete de vez en cuando al hurgarse los bolsillos. Venga otra bala, que ya me rasca el gaznate.

Qué le costará, digo yo, irse a su tierra y dejarnos en paz, con el monte de por medio. Si ni en Galicia lo quieren... que yo tengo una hija y no me gusta que salga por las mismas calles por las que va ese desgraciado. Claro que no creo que ya se le levante, que los que van al puticlub dicen que se queda amojamado en la barra, y ni las mira, ni siquiera a la mulata dominicana que os trae a todos a mal traer.

Arranca el viejo camión y tira como puede, que una carraca haría menos ruido y empujaría más, *manda carallo*. Y es que lo quiere, y lo mima, y lo comprende, que moverse por este valle de mierda le quita el soplo al más

pintado. Venga, Loiro, que son diez kilómetros, atravesar Sergas y coger la pasta. Y luego, todo el día por delante. Y qué si le gusta emborracharse; mejor que tanto calzonazos que se mantiene sobrio por miedo a la parienta. A mi camioncito le da lo mismo. ¡Cuidado!, que esta jodida curva se las trae. «¡Quita o puto pé do pedal!, que non es Fernando Alonso».

Porque yo ni digo ni dejo de decir, pero está clarito que desde que el *pidepán* se llegó hasta aquí hay muchos más fuegos. Que es un tipo de mal instinto y le jode ver que otros se ganan la vida honradamente. Ya lo dijo Julián, el de Valdosillo, que la mañana que ardió el bosque, qué casualidad, justo donde se cierra la salida de los prados, vio el camión del Loiro por el camino. Y ya me diréis qué tiene que hacer el tiñoso ese por allí. Ni pirómano ni leches. Un hijoputa que se alegra del mal ajeno y, si no lo ve venir, lo provoca. Ya lo tuvieron dos días en el cuartelillo cuando el fuego de San Marcelo, y salió tan campante; a la sombra de su compadre el sargento. Gallegos y gitanos, primos hermanos. Lo que yo te diga. Y no me reía yo poco cuando la Maru le servía los vasos y le soltaba a la cara: «¿Orujo, Loiro?, si lo tuyo son las queimadas».

Ahí está, a las afueras, la casona del cura, me cago en su estampa. Que no me aguanta porque sabe que sé lo que hace en la capital. Con sotana los domingos, pero bien

que me lo topé aquella noche en Venus Relax. Un error de la madame, que abrió la puerta sin comprobar que no había nadie en el pasillo. Como es cliente habitual ni lo vio, tal y como no se ven los muebles. Es ese cabrón con faldas, a Dios rezando y con el nabo dando, el que malmete contra mí, que llegará el día que tenga que irme hasta Ponferrada a echar gasolina y comprarme calzoncillos.

¡*Anda, carallo!* ¿Pues no está descolgado el puto cable de la luz? ¡Joder, que me lo llevo por delante! y Loiro contempla en las orejas de los retrovisores cómo quedan los cabos por tierra, chisporroteando, y un humo que no esperaba, no me jodas, *porco do demo*, una chispa ha prendido el heno en la caja y ya se ven las primeras llamas. ¡Vamos, Loiro!, que si paras aquí arde hasta la fuente de piedra. Hunde el pie, y el camión, que ya es una antorcha, ruge como un jabalí herido. Si después de la casa del cura alcanzas la explanada y la fuente de la romería, saltas y lo apagas. ¡Corre, cabrón! ¡Hostia puta!, cómo quema el asiento y este humo que me ahoga. Pero ¿por qué no se abre la portezuela? El calor, que la ha deformado. Me cago en mi puta suerte. Aquí me quedo. *Meu neno*, mi Avia bonito, que ardemos los dos, con lo que nos queremos.

Y el trueno se funde en una inmensa llamarada, como si amaneciera dos veces.

Se achicharró el gallego malnacido en su camión, que le salió el tiro por la culata, que hay quien dice que quería

meterle fuego a la casa del párroco, pero con el humo se pasó de largo. Se le debió de prender la gasolina antes de tiempo, y lo que tardaría en arder ese pellejo relleno de alcohol. Va a estar en el infierno como de vacaciones.

Te mueres, Loiro, quemado y retorcido como un carozo y con la boca seca; después de tantos años de miradas torvas, murmuraciones encendidas y acusaciones porque sí, porque eres gallego, y el único pirómano ha sido Iberdrola.

Jódete, Loiro.

... Espérame en el cielo

... a la derecha según se entraba
en el hospitalito tenía ella la cama...

Letra jonda

EN EL MISMO INSTANTE en que Sonia se retuerce en la cama buscando el pulsador de la bomba de morfina, mientras su compañera de habitación vuelve a poner en marcha la cinta de Antonio Machín en el viejo casete de cinco botones; el mismo instante en que siente nítidamente cómo las agujas de dolor alcanzan el interior de cada hueso y los ligamentos de las articulaciones... en ese mismo instante, la asistente social lleva a Cica a un rincón y le susurra con ansiedad, con miedo:

—Atiende, capullo: te he conseguido el permiso. Sales en una hora. Y más te vale volver esta noche. Si faltas, me pierdes. Pero yo te hundo la vida, Cica. Te la hundo por mis muertos.

—Tranquila, jefa, que yo vuelvo. Ya le he dicho que solo quiero despedirme de ella, que está en las últimas, me cago en mi puta alma.

Y Cica piensa que la mujer tiene un arreón, sobre todo después de tantos meses sin un vis a vis que llevarse al cuerpo. Y piensa que no le ha gustado el tono con el que ha pronunciado su apodo, Cica:

Si piensa que es por la cicatriz, pase. Pero si piensa que va por cicatero, me cago en su puta madre.

La gente cree que el peligro está en las carreras de obstáculos, ignorando que el verdadero riesgo acecha en las de liso. A alguno he visto cambiar la montura por la silla de ruedas. En las vallas, el ritmo es lento y el caballo descansa incluso sobre el obstáculo. Pero... ¡ay, en liso! A toda leche, a sesenta por hora, el menor incidente te hace besar la hierba.

Aunque a mí no me tiró mi caballo, sino ese hijoputa italiano que, en busca de un hueco imposible, se cruzó sobre el mío derribándome. Todos en el hipódromo lo llamábamos Corleone, y no porque se pareciera a Brando, sino por lo retorcido y descastado. Hijo de mala sombra. Fue una herradura la que me arrancó medio moflete.

Y mientras intenta no escuchar la machacona voz de melaza de Machín, mientras la loca de la cama de al lado tararea los boleros con la dejadez sin sentido de la demencia, y mientras siente cómo los poros se le abren y dejan

escapar la poca vida que le queda, Sonia recuerda el día en que lo venció.

Salí de la curva detrás de ti. Ibas tan confiado que no te diste cuenta de que yo había logrado resistir tu cambio de ritmo. Viste la recta limpia y te lanzaste a por ella. Yo sabía que llevaba mucho caballo debajo, que mi tordo era abnegado y rematador. El tuyo, sin embargo, justito para millero, y más tieso que el poste de meta, debía acusar los últimos metros, duros como el fracaso.

En el tramo decisivo, aún le retuve un poco, vigilando algún ataque inesperado. A cien metros, le enseñé la fusta y aparecí a tu lado como un fantasma. Tú, campeón, te tuviste que conformar con verme el culo.

Para Cica ha sido fácil despistar un destornillador de la ferretería; casi tanto como saltar la cerradura del Mini aparcado al fondo del callejón, lejos de ventanas cotillas o peatones impertinentes. El coche más fácil de abrir en el mejor lugar posible.

Mala suerte que sea amarillo pensó, pero hoy no tengo tiempo para supersticiones.

Anudó los cables, y en ellos vio la trenza de Sonia escapándose del casco, hizo una mueca de congrio al retrovisor, y pisó a fondo.

LA MEJOR MANERA de entrar en el local es con naturalidad; los que pretenden disimular escrutando estanterías o mirando al suelo por si alguna cámara los graba desde un rincón, tan solo consiguen avisar de las intenciones. Hay que dar con viveza los cuatro o cinco pasos hasta el mostrador y ponerle el destornillador en el cuello a la panoli de la farmacéutica antes de que cierre el cajón del dinero. Basta una voz para que la vieja que elige medias elásticas se esconda detrás de su bolso, para que la tipa saque los billetes de sus compartimentos (incluso las monedas. «¡Guárdatelas para el cepillo!», le grita) y para que el otro idiota de la bata saque las pastillas (anfetaminas, Rohypnol, Valium...) cuyo nombre ha ladrado. Pena que la cacatúa haya hecho un movimiento en falso y se haya llevado un chirlo en el cuello.

Luego, solo hay que salir andando, subirse al coche aparcado en doble fila y arrancar. En ese momento, Cica no es más que otro de tantos que han necesitado una medicina con urgencia. Quién sabe si una gastroenteritis o una subida de tensión. Tal vez un hijo con fiebre repentina.

Ahora que tiene dinero, no va a privarse de un buen almuerzo: tortilla con pimientos fritos y una caña de vino tinto. A continuación, un bocadillo de jamón y otro vino. Quiere, sobre todo, olvidarse del rancho y sentir la grasa del jamón recién cortado untándole la lengua, aunque

sea tan pobre y tramposo como el que el camarero lonchea con dejadez.

Al fin y al cabo, no vale la pena ir pronto. Poca intimidad va a tener en una habitación de la Seguridad Social como para presentarse a la hora en que los médicos hacen su ronda.

El reflejo del cuchillo le trae el recuerdo de aquella otra malnacida, la que exhibía en el mostrador un letrero: «Aquí no se venden preservativos», la mal follada de mirada amarga que guardaba un machete tras la báscula. A aquella le respetó la mierda de colgante de plata que llevaba al cuello, manchado con la efigie de un curato gafotas.

Bueno sería que alguien con un hijo a destiempo le pasara la factura de los potitos.

Luego, un vino más y un cigarrillo fumado con lentitud, mientras recita en voz baja la confesión que no piensa hacerle a Sonia:

Mi caballo tenía nombre de pasodoble, Danubio Azul, pero andaba como un reguetón: se frenaba, se cambiaba de mano, se abría... pero antes de entrar en la recta lo puse derecho y no necesité más. Era un luchador que solo precisaba un camino abierto. Exactamente igual que tú.

Venías a mi diestra. Yo sabía que estabas haciendo la mejor monta de tu vida, pero te faltaba caballo, aun-

que lo habías llevado con brazos de seda y mimando su tranco. Los otros eran una reata de pencos y solo mi alazán podía impedir tu triunfo, así que di un tirón en la curva y agoté los fustazos para que se desfondara. El resto dependía de que tú supieras leer la situación. Y yo no dudaba de que tú sabrías».

Desensillándolo, vi unas espuelas en los ojos del propietario.

«¿Qué creías?», me escupió el preparador, «¿que habían adelantado la meta?».

«Hace la tira que no llueve, jefe; hoy la pista era una pluma y el caballo ardía. En la curva no traía nada; por eso saqué el palo», mentí. Y, probablemente, en el lote habría alguna yegua en celo.

«Piérdete, Cica, ¿acaso no sabías que está castrado?».

Repito las palabras una y otra vez, en un susurro, cuidando de no llamar la atención. Vino tras vino y cigarrillo tras cigarrillo, paladea su recuerdo durante más de una hora.

Demasiado tiempo.

SONIA PULSA OTRA VEZ el botón de la bomba, pero no recibe respuesta. La dosis programada ya no le basta para

acallar el grito de sus entrañas, aunque la indiferencia del aparato no le inyectará más calmante hasta dentro de dos horas. La mirada, desenfocada por el dolor, no distingue ya las manchas que devoran su piel. Intenta refugiarse en el recuerdo, hacer de él un delirio, aunque solo sea para escapar de las espuelas que la rasgan por dentro y de la voz de Machín, que vuelve a recitar, por cuarta vez en la mañana, *Angelitos negros*.

La primera vez que te vi estabas acarreando paja. Apenas si se distinguía tu pelo de panocha entre las pacas. Fue la cicatriz de la mejilla, como una sonrisa a destiempo, la que me hizo fijarme en ti. Aquel mismo domingo montaste y ganaste, sin dar opción a los demás, a pesar de que tu caballo se dolía de las cuatro patas. Distanciados del grupo, en el frenesí de la recta, venías escoltado por dos rivales. Uno cedió pronto. El segundo quiso atacar por dentro, y, en un relámpago, te cambiaste el látigo de mano para pegar con la zurda, lanzando al tuyo y disuadiendo al otro. Tus brazos fueron alas para elevarlo. Y le estiraste el cuello en el último tranco para que bebiera en el espejo de meta.

En ese instante de admiración y envidia, decidí que mi único objetivo en el hipódromo era ganarte. Y tuve que esperar a la última carrera, la que echó el candado a la pista y a nosotros a la calle por años. No me importó.

Ya te tenía a ti y el calor de la jeringuilla. En aquel momento no quería más. Ahora, no os tengo a ninguno. Tú estás en el talego y el jaco ya me ha matado.

El doctor y su ayudante irrumpen en la sala. Sonia se hace la dormida. ¿Qué puede esperar de esas eminencias sin más luces que las que reflejan sus batas?

—Es una dosis demasiado alta para ser constante —farfulla el médico señalando el gotero.

—También mi dolor es constante —despierta Sonia con voz astillada.

CICA ENTRA EN LA PELUQUERÍA con el desenfado del vino por delante. Sus pasos son baile. Se sienta en el sillón y piensa que está a un corte de pelo y un afeitado de verla de nuevo, tan solo para él y en línea recta, añade maldiciendo.

En su alegría, ni siquiera se percata del televisor en silencio en el que se suceden los letreros escandalosos atravesando su fotografía: «Atraca una farmacia tras salir de la cárcel y hiere a la farmacéutica».

El barbero escruta su rostro mientras extiende el jabón; la mano casi se detiene al llegar al rayajo que divide el carrillo. El movimiento de la brocha lo investiga, lo fotografía.

—Así me gusta, jefe, con mimo.

El barbero sonríe.

—Voy a dejarle un minuto para que se abran los poros. De paso, cruzo la calle para echar la quiniela, que me cierran.

—Tranqui, jefe. Y al Atleti, ganador, que este año no hay quien nos pare.

—A VER, MAMÁ, deja el casete, que molestas a la señorita. Para un poquito, por favor. Mira, ponemos la televisión, que van a dar las noticias. Por aquí guardo algunas monedas.

La vieja se aferra al magnetófono con más cansancio que furia. Sonia gime, quizás por dolor, quizás por hartazgo. La hija habla con el tono monótono de años de desesperación.

—Mira, mamá, que va a salir lo del atracador que ha matado la policía. Uno que acababa de salir de la cárcel y ya había asaltado una farmacia. El tío cachazas se ha metido a cortarse el pelo. Menos mal que el peluquero lo ha reconocido y ha llamado a la policía.

Sonia levanta la mirada hacia el televisor para vislumbrar el tajo de color vinoso en la mejilla. Sabe por qué Cica ha entrado en la peluquería, y por qué ha hecho el brusco movimiento que ha disparado las armas de los maderos como un resorte.

—¡En esta me has ganado por un morro! ¡Pero te va a durar poco el alegrón!

Lo demás son alaridos, aullidos de dolor y rabia, crujidos de cables y sondas al ser arrancados del guiñapo que fue una vez cuerpo de *yoqueta*. Cuando se libera, Sonia estrella la cabeza una y otra vez contra la barandilla metálica.

La hija de la anciana sale al pasillo pidiendo ayuda a gritos. Su madre llora, balbucea, se tapa los oídos, tiembla. Coge el casete, se aferra a él como si fuera la memoria que ya no tiene y pulsa la tecla de marcha.

Antonio Machín empieza a cantar *Espérame en el cielo*.